

UNAMUNO Y LA LITERATURA HISPANOAMERICANA

Una excepción en su época

Unamuno fue en todo absolutamente singular. Esta imparidad cobra a nuestros ojos cada día mayor relieve. No sólo por su contraste con las personalidades sobrevenidas después, sino merced a las recopilaciones póstumas de sus escritos que nos permiten descubrir en él nuevas perspectivas. Vemos, pues, ahora, cómo Unamuno fue también excepcional en su curiosidad, su preocupación, en ocasiones amor, por las letras, la historia y los hombres —ciertos hombres, en primer término, Sarmiento— de Hispano-américa.

¡Qué diferencia con los demás escritores de su generación! Con razón se jactaba de ser una excepción a la general incuriosidad europea por el mundo hispánico y lusitano. Rigurosamente sincero, no ocultaba las razones de varia índole que le llevaban a emproar en tal dirección sus miradas, prodigando las colaboraciones en periódicos americanos: interés en el ensachamiento de su nombre y de su influjo, conquista de un público nuevo, mayor retribución económica. Con la Argentina, particularmente, a lo largo de varios decenios, mantuvo un contacto muy frecuente, merced a sus artículos en *La Nación* de Buenos Aires, y más de una vez pensó en llegar a este país; estuvo a punto de hacerlo en 1916, cuando el centenario del *Quijote*, como enviado de la Junta de Ampliación de Estudios y por invitación de la Institución Cultural Española. Después, en diciembre de 1922, anunciaba en una carta a Jiménez Ilundain, su viaje inminente. Tampoco le faltaron incentivos durante los años del destierro. Pero aunque su padre anduvo cuando joven en México —que Unamuno, por cierto, se resistía a ortografiar así, por parecerle pedantesco, escribiendo siempre Méjico— no había heredado tal ánima andariega y sólo se movía forzado. La incitación que una vez, en París, durante su destierro, le hizo Blasco Ibañez (“Usted, don Miguel, lo que debe hacer ahora es largarse a Estados Unidos y fundar allí una religión: ¡se haría millonario!”) muestra más que una jocosa incomprensión; es el choque de dos temperamentos antagónicos, unidos sólo momentáneamente en la lucha civilista contra la dictadura de Primo de Rivera.

Si el noventaiochismo, en última instancia, significó una vuelta a Es-

paña por la vía de Europa, no es extraño que del itinerario quedara excluida América, aunque su presencia se manifestase de otra forma, activa y no refleja, mediante la aportación del modernismo. Ganivet, el heraldo, el adelantado, no pasó en su *Idearium español*, de lo más obvio: advertir que las relaciones de España con los países hispanoamericanos no debían regirse por principios políticos, sino por leyes-sentimientos de hermandad. Junto a Unamuno, en otra escala, puede mencionarse el caso de un Valle-Inclán, recordando las luces aztecas de su *Sonata de estío*, el cáustico mosaico americanista de *Tirano Banderas*, sin olvidar tampoco el deslumbramiento que siempre guardó de su paso cuando joven por Méjico, y sobre el cual tanto fantaseó, atribuyéndose pintorescas, inexistentes hazañas, según ha demostrado W. L. Fichter. El interés vertido hacia América por Ramiro de Maeztu, en algunas de sus campañas postreras que cuajó en *Defensa de la hispanidad*, si bien animado por una noble pasión reivindicadora, no estaba libre de implicaciones políticas, ni puede estimarse desinteresadamente intelectual. El mismo concepto de "hispanidad", que en Unamuno suena nítidamente, en Maeztu tiene un rentintín partidista. Durante muchos años, mero acto de presencia indirecta en América fue la de Azorín, merced a sus continuas colaboraciones en *La Prensa* de Buenos Aires, y en algunos periódicos de Cuba. Otro tanto puede decirse de Ramón Pérez de Ayala. Sólo durante sus días de la guerra española, pasados en París, Azorín, escribió una serie de artículos sobre *Martín Fierro*, reunidos luego bajo el título *En torno a José Hernández*. En cuanto a Baroja —por agotar la nómina noventaiochista— sus repulsas o arañazos (en *Juventud, egolatría... y Las horas solitarias*) al "continente estúpido", no son sino una prolongación de su desprecio cósmico, caso de que no se tomen como el lógico contrapunto de las empalagosas zalemas oficiales; tan inocuas como estas últimas, en definitiva, quedan en nada, del mismo modo que los desabrimientos antihispánicos, de Lastarria, Manuel González Prada, Lugones y otros. A Ortega, propiamente, no corresponde, incluirle en ese grupo generacional; por los demás de sus relaciones con América, señaladamente con la Argentina, ya me he ocupado en otro lugar¹.

Para filiar el hispanoamericanismo de Unamuno necesitaríamos relacionarle no con sus coetáneos, sino mas bien con sus antecesores. En esta predilección, como en otras, el autor de *Niebla* está más cerca de los postreros escritores decimonónicos que de su generación. Acuden así a la memoria los nombres de Valera y Menéndez Pelayo. Pero la diferencia de actitud mental se hace enseguida patente. Para el autor de las *Cartas americanas* como para el de la *Antología de la poesía hispanoamericana*,

¹ *Las metamorfosis de Proteo* (Losada, Buenos Aires, 1956).

atentos ante todo a la unidad espiritual, las letras de este continente apenas llegaban a constituir una entidad autónoma, no eran sino parte de la unidad formada por toda la literatura de lengua española. Unamuno, de modo diverso, más evolucionadamente, supera este concepto unitario, deja a un lado toda intención tutelar, atiende a lo genuino y peculiar de las letras hispanoamericanas. En la pluralidad expresiva ve no un signo de diferenciación, sino de unidad superior: enriquecimiento en el plano espiritual e integración en el idiomático.

Unamuno, crítico literario

Ahora bien, este concepto de Unamuno sobre la literatura hispanoamericana no consta formulado de una vez o sistematizado orgánicamente —como, por supuesto, ningún otro de sus conceptos sobre la filosofía, la religión, España o cualesquiera de los numerosos temas que abordó— en ninguno de sus escritos. Pero puede inferirse claramente releyendo no solamente algunos de sus artículos que desde hace años circulan recopilados en varios tomos de *Ensayos* y en los titulados originariamente *Mi religión y otros ensayos*, *Contra esto y aquello* y *Soliloquios y conversaciones*, sino de modo más completo teniendo a la vista —como es ahora mi caso afortunado— el conjunto *De literatura hispanoamericana*, trabajos inéditos hasta hoy en libros, que ha recopilado Manuel García Blanco. Comprende más de un centenar de artículos escritos a lo largo de casi medio siglo, desconocidos cuando no olvidados, pues pocos habrá que recuerden sus primitivas inserciones³.

¡Imponente conjunto! La primera impresión del lector es de asombro ante esta irrestañable facundia, ante la copiosa vena unamunesca. Cuando todavía unos años antes de su muerte, su yerno, el malogrado José María Quiroga Pla, trabajando junto a mí en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, establecía un censo de las publicaciones periódicas de Unamuno, creo recordar que éstas lindaban con los tres millares... Se dirá que Unamuno improvisaba. Desde luego, pero no sobre el vacío o el azar, sino sobre una base de lecturas y experiencias muy tupidas. La actualidad fugitiva le servía de pedernal para la chispa duradera. Por eso acuñó esta

³ Algunos de ellos, los concernientes al idioma, agrupados bajo el título "La lengua española en América" han sido ya recogidos en *La raza y la lengua* (tomo VI de las *Obras completas* (Aguado, Madrid, 1958), por MANUEL GARCÍA BLANCO: otros, los prólogos a libros de autores hispanoamericanos, figuran en el tomo VII de las mismas *Obras completas* (Vergara, Barcelona 1959). Varios de sus escritos sobre *Temas argentinos* estaban ya reunidos hace años en un volumen de dicho título (Institución Cultural Española de Buenos Aires, Buenos Aires, 1943). El centenar largo de escritos sobre literatura hispanoamericana, lo encontrará el lector en el tomo VIII de las *Obras completas*, citadas más arriba, aparecido este año.

ecuación: “La eterna actualidad, la actual eternidad”, repitiendo varias veces aquello de la “eternización de la momentaneidad”. Explicando la génesis de sus improvisaciones, hizo esta apuntación: “Cómo hago estos artículos: como poemas, la primera línea tira de las demás”. Y respondiendo indirectamente a quienes pudieron reprocharle tal dispersión, motejándola de “periodística”, don Miguel se adelantó a replicar: “Cabe escribir periódicamente, en periodista —analista o diarista, según el período—, para siempre, como dijo Tucídides que escribía su *Historia de la guerra del Peloponeso*”. ¡Para siempre! Ambición de eternidad que, en rigor, no dependía tanto de la materia tratada o de las nuevas vistas sugeridas como del acento pasional, de la intensa fuerza comunicativa imbuidos al discurso. “Lo que se hace de un respiro, de una respiración, es lo verdaderamente inspirado; lo cotidiano es lo secular, lo del momento es lo eterno, cuando se halla la forma y se la recibe”. Y es que Unamuno, hablando a todos, parecía hablar —y de hecho hablaba— en sus artículos, no al hombre genérico, sino a cada uno de los lectores en particular, y aun a veces zamarreándole y sacudiéndole de las solapas, como él mismo hubiera gustado decir, con su debilidad por las expresiones prosaicas, pero también muy gráficas. De ahí, en suma, la vitalidad y frescura que conservan estos artículos, por muy remota que sea su referencia temática o muy sobrepasada que esté su actualidad. Así lo habían confirmado ya los cuatro tomos póstumos de la serie *De esto y de aquello* (Sudamericana, Buenos Aires, 1950-1954), tanto como el siguiente, publicado bajo el título autónomo de *Mi vida y otros recuerdos personales* (Losada, Buenos Aires, 1959).

Pero la nueva recopilación mencionada, *De literatura hispanoamericana*, ofrece sobre esas particularidades ya notorias y comunes a todos sus escritos, una más singular y únicamente privativa del nuevo conjunto. En efecto, nos presenta a Unamuno bajo una luz nueva: como crítico literario, no ya ocasional, según antes pudimos conocerle, sino sistemático, o más exactamente —puesto que ese vocablo no le cuadra— regular, especializado. Lo que no quiso hacer nunca con las letras de su país —y tentaciones o estímulos para ello no le faltaron en los comienzos de su carrera, según revelan ciertas cartas (por ejemplo una dirigida a *Clarín*) y confidencias dejadas caer aquí y allá—, lo hizo durante algunos años con las letras hispanoamericanas. La concesión es significativa, especialmente si recordamos su desconfianza por lo “literario” como tal, manifestada numerosas veces y sobre todo en aquel punto de su *Vida de Don Quijote y Sancho*, en que al llegar a glosar el capítulo del “donoso escrutinio” en la librería del Ingenioso Hidalgo, lo pasa por alto con supremo desdén, escribiendo que todo eso “es crítica literaria que debe importarnos muy poco; trata de libros y no de vida”.

¡Como si los libros —habría podido replicarle cualquiera, él mismo en

otro momento...— no fuera también vida y no hubiera sido la vida emanada de aquellos libros de caballerías lo que infundió existencia, realidad humana y no libresca, a Don Quijote! ¡Como si el propio Unamuno no hubiera consagrado una gran parte de su producción literaria a comentar libros, aunque viera en ellos, claro es, antes que técnicas, antes que literatura, hombres y pasiones! Por algo dijo Jean Cassou (en un estudio ya añejo —puede leerse a la cabeza de *Cómo se hace una novela*—, pero que sigue siendo con el Ernst Robert Curtius, uno de los más penetrantes entre los centenares dedicados a nuestro autor) que Unamuno, en realidad, no había escrito más que comentarios, sean éstos al *Quijote* o al Cristo de Velázquez. A lo que Unamuno replicó: “Pero es que hacer comentarios es hacer historia”.

Preferencias y exclusiones

Supera el centenar, como antes indiqué, los artículos —de varia extensión, algunos lindantes con el ensayo, otras breves reseñas— que ahora resucita en la nueva compilación, consagrados por Unamuno a libros, temas y figuras de América. El primero, sobre *Martín Fierro*, apareció en una efímera *Revista Española* de Madrid, el 1 de Marzo de 1894; el último, sobre la Fiesta de la Raza, vio la luz en el diario *Ahora* el 23 de octubre de 1933. Proceden los demás de publicaciones muy diversas, y aunque un buen porcentaje de ellos se insertara en tribunas famosas —como *La Nación* de Buenos Aires—, también hay otros aparecidos en oscuros periódicos de provincias o revistillas de mínima entidad. Con todo, fue, claro es, en una revista, *La Lectura* de Madrid, donde Unamuno practicó de modo sistemático, mensualmente, la crítica de libros americanos. El primer artículo de dicha serie data de enero de 1901 y comenta el *Ariel*, de Rodó, y *La raza de Caín* de Reyles; concluye en febrero de 1906, ocupándose de una geografía argentina. Al cabo, más que las novelas y poesías, confiesa, le interesaban “las obras históricas, políticas, sociológicas..., sobre todo cuando están caldeadas por la pasión. Hay algunas de ellas que encuentro más inspiradas, más robustas, más hermosas que las obras de pura ficción. Los hombres de acción americanos, los héroes de la independencia y los caudillos de las revueltas me parecen, por punto general, muy superiores a los hombres de pensamiento y palabra”.

En su mayor parte, tanto estos artículos como los de años posteriores, en otras publicaciones, versan sobre letras rioplatenses, las que Unamuno conocía mejor, junto con las chilenas, según declara desde el principio, pues sus colaboraciones argentinas le habían valido numerosas amistades y envíos de libros. Entre los autores argentinos que comenta figuran: Mitre, Miguel Cané, Ricardo Rojas, Soto y Calvo, Manuel Gálvez, Bunge, Ghirardo, Leopoldo Díaz, etc. entre los uruguayos, Vaz Ferreira, Nin Frías y Zo-

rrilla de San Martín. Pero su curiosidad se extiende también a los de otros países americanos, prácticamente a todos; de suerte que sin agotar la nómina, podemos espigar algunos nombres: Ricardo Palma y Francisco García Calderón, peruanos; mexicanos, Sor Juana Inés de la Cruz y Amado Nervo; un solo cubano, pero capital, Martí; un colombiano, Pérez Triana; Díaz Rodríguez, Coll y Dominici, venezolanos, etc.

Y conste que la lista de autores excluidos —no la conocemos, pero sabiendo las predilecciones y rechazos de Unamuno podemos imaginárnosla sin gran esfuerzo— resultaría quizá más expresiva que la de los incluidos. En principio, y por principio, son todos los escritores que respondían a la estética modernista, con una sola excepción, la de Amado Nervo; pero ello se explica no tanto por sus valores intrínsecos como por el trasfondo religioso, preocupado de allendidades, que existía en el autor de *En voz baja* y con el que forzosamente había de simpatizar Unamuno. Por análoga razón tiene muy en cuenta a alguien que como el uruguayo Nin y Frías no ha dejado mayor huella literaria. Otro de los exceptuados por Unamuno, dada su aversión al modernismo, es José Asunción Silva. “No sé (escribe en el prólogo que puso a una edición póstuma de sus *poesías*, 1908), lo que es modernismo literario, pero en muchos de los llamados modernistas, en lo más de ellos, encuentro cosas que antes encontré en Silva. Sólo que en Silva me deleitan y en ellos me hastían y enfadan”. Le seduce su intimismo, su “ritmo interior”. Transfigura el erotismo de Silva en castidad; su desequilibrio en tortura metafísica. Y alaba su lengua: “el castellano que se habla y escribe en Colombia es el que más dejos de casticismos tiene para nosotros; conserva ciertas voces y giros arcaicos que aquí se van perdiendo”.

Es curioso, sin embargo, que nunca llegara a dedicar un estudio especial a las personalidades que más le importaban; por ejemplo, Sarmiento. Pocos son los artículos de Unamuno en que no vuelve reiteradamente a la mención entusiasta del autor del *Facundo*; “el escritor que prefiero del siglo XIX, el más castizo que hemos tenido”. Sería materia de un estudio especial explicar las razones íntimas —aparte las declaradas— que le llevaban a tan rendida predilección y entusiasmo. Apuntemos una: Sarmiento era, había sido también, un formidable discrepante. ¿Que Sarmiento era antiespañol? Pues bien —debió decirse Unamuno—, hagámosle superespañol, díputémosle un arquetipo de españolidad. Aunque combatiera la tradición histórica, “la otra, la de debajo de la historia, la radical, la honda, la que va agarrada a las costumbres, sobre todo a la lengua, la guardaba como madre”. Y en ese mismo artículo de 1905, agregaba lo que luego repitió innumerables veces, variando poco las palabras: “Siempre que leo las invectivas de Sarmiento contra España me digo: ¡Pero si este hombre dice contra España lo mismo que decimos los españoles que más y mejor la queremos! Habla, sí, mal de España pero habla mal de España

como solo un español puede hablar mal de ella; habla mal de España, pero lo hace en español y muy español"³. ¡Cuán sensible, pues, que el libro que anunció Unamuno varias veces sobre Sarmiento quedara sin escribirse!

También le aproximaba a Martí una afinidad profunda: "El estilo, es el hombre y como Martí era un hombre, tenía un estilo, todo un estilo". Estilo por supuesto el de Martí, que nada de común tiene con lo que suele llamarse estilismo, el de los "hablistas". "Para ellos —dice Unamuno, es estilo una cierta quisicosa formal puramente técnica que se trabaja a fuerza de escoplo, regla, papel de lija...". Al igual que respecto a todos los escritores con los que se sentía afín, don Miguel, para hacerlo mas suyo, y entrañable, "unamuniza" a Martí. Pero no de un modo muy distinto ha visto luego Gabriela Mistral a este personalísimo prosista, que a su función de libertador de un pueblo unió la de colibertador de un idioma.

Otro espíritu con el que se sentía Unamuno en comunidad profunda era el de Juan Montalvo. Pero —lógicamente— el Montalvo que le interesaba a Unamuno no era el de los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, sino el de las *Catilinarias*; no el "clasicista y casticista", sino el debelador implacable de García Moreno; aquel que al enterarse de que en Quito había sido apuñalado el tirano por un hombre de apellido simbólico: Rayo, hubo de exclamar "¡Mi pluma lo mató!" Pues lo que hizo grande a aquel polemista virulento, fue la indignación; sin ésta aquel "literato con la manía del cervantismo literario", no habría sido "un profeta encendido en quijotismo". "Es la indignación —resume— lo que salva la retórica de Montalvo". Escrito ese vibrante prólogo en París, en 1925, durante su destierro, Unamuno, por momentos, se identifica anímicamente con el también desterrado Montalvo, le hace suyo en el más ancho sentido de la palabra. Tenemos aquí por lo tanto, un nuevo ejemplo, de ese ímpetu unamunizador de los afines a que antes aludí. Y algo semejante, aunque más a distancia, o con otra perspectiva, hace con Bolívar, a quien diputa el "hombre español, el Quijote de la América libertada". De modo parejo, Unamuno veía asimismo al filipino Rizal como un "Quijote-Hamlet tagalo".

A Rubén Darío sólo tuvo ocasión de abordarle —en los artículos de *La Lectura*— con motivo de un libro en prosa, *España Contemporánea*, en 1901. Su juicio es poco explícito, más bien evasivo. Aunque alabe en Rubén Darío a "un espíritu sensible, abierto a todos los vientos", se adivinan reservas íntimas que sólo el conocimiento de las relaciones privadas, epistolares, entre ambos, puede aclarar. Por lo pronto, advertimos con cuanta presteza recoge Unamuno un decir común de la época: "Se ha dicho, que Rubén Darío hasta cuando escribe en castellano... parece traducido del francés...". Y Unamuno revierte: "lo que hace es pensar en americano...".

³ Un paralelismo entre ambas figuras ha sido ensayado por DARDO CÚNEO en su libro *Sarmiento y Unamuno* (Buenos Aires, 1949).

Pero las discrepancias estéticas, las incompatibilidades anímicas entre uno y otro ya se habían manifestado dos años antes. Tuvieron su origen en cierto artículo de Rubén Darío, a propósito de otro de Unamuno sobre Grandmontagne, donde el segundo —fiel a sus innatos puntos de vista— impugnaba “el espejismo parisino sobre los literatos hispanoamericanos”. La historia de este pequeño —pero revelador— pleito ya es conocida⁴ y no hemos de retrasar ahora sus pasos. Únicamente, con toda objetividad, nos importa señalar la diferencia de actitud entre uno y otro. El autor de *Azul...* se manifestó siempre ante el autor de *Paz en la guerra* plenamente generoso en lo personal (le facilitó la colaboración de *La Nación*, para Unamuno tan importante durante largos años) y admirativo en lo literario, aún no ignorando las disparidades que les separaban. “Podrá haber —le escribía— entre usted y yo diferencias; pero jamás se dirá que no reconozco en usted a una de las fuerzas mentales que existen hoy, no en España, sino en el mundo. Más yo quisiera también de su parte alguna palabra de benevolencia para mis esfuerzos de cultura... Y luego yo soy uno de los pocos que han visto en usted al poeta”.

En efecto, cuando aparecieron en 1907 las *Poesías* de Unamuno, Rubén Darío le dedicó un elogioso artículo que aquel no olvidó y estimó en todo su valor, puesto que años más tarde lo hizo reproducir al frente de *Teresa*. Por el contrario, Unamuno se mantuvo siempre reticente, si no desdenoso, frente a Darío. La desconfianza invencible, más bien fobia, que experimentaba instintivamente contra todo lo que de cerca o de lejos tocara al modernismo (que Juan Ramón Jiménez se obstinara en anexionarle a tal movimiento es una muestra suprema de “capricho poético”) constituía un valladar insuperable. El desagravio, el reconocimiento pleno, sólo se produjo años después; en un hermoso artículo que Unamuno escribió a raíz de la muerte del poeta, en 1916, y que a modo de estribillo y arrepentimiento tenía como título: “¡Hay que ser justo y bueno, Rubén!” Porque éste le había escrito una carta de 1907, saliendo al paso de cierta maligna especie verbal, atribuída a Unamuno: “La independencia y la severidad de su modo de ser le anuncian para la justicia. Usted es un espíritu director. Sus preocupaciones sobre asuntos eternos y definitivos le obligan a la verdad. Sea, pues, justo y bueno”. Unamuno canta ahora la palinodia y después de recordar aquella frase oral desdichada (que a Rubén Darío

⁴ Figura condensada en *El archivo de Rubén Darío*, por ALBERTO GHIRALDO (Losada, Buenos Aires, 1943), aunque lamentablemente las transcripciones de las cartas de Darío y Unamuno estén incompletas. A ellas deberá añadirse otra carta del primero publicada en *Cuadernos*, París, núm. 24, mayo-junio de 1957. Más datos sobre las relaciones entre Unamuno y Darío se encontrarán en varios artículos sueltos que aparecen citados en el estudio sobre “Unamuno y la poesía hispanoamericana”, por ELEANOR PAUCKER, *Cuadernos de la Cátedra M. de U.* VI Salamanca, 1956.

“se le veían las plumas —las del indio— bajo el sombrero”), reconoce: “¡Con qué dignidad, con qué nobleza se quejaba de una conducta que, en verdad, no debí para con él haber seguido!” Y más adelante: “Nadie como él nos tocó en ciertas fibras; nadie como él sutilizó nuestra comprensión poética. Su canto fue como el de la alondra: nos obligó a mirar a un cielo más ancho. Su canto nos fue un nuevo horizonte, pero no un horizonte para la vista, sino para el oído”. Concluía calificándole de “óptimo poeta y mejor hombre”, prometiéndose decir de su obra” lo que —más vale no pensar porqué— no dije cuando podía verlo”. ¿Llegó a efectuarlo así Unamuno? Al menos podemos sospechar, con un dato más, las causas de la antigua reticencia, merced a las confesiones deslizadas en otro artículo, “De la correspondencia de Rubén Darío”, publicado un mes más tarde; manifiesta allí su preferencia por “los versos que menos se recitan, los más íntimos suyos”. Por ello, al recordar después otros, al contrario, muy citados, los de la “Sonatina”, inferimos que eran “aquellas cantigas de sonsonetes modernistas”, lo que más le alejaba de Rubén, desfigurándose. Y todavía añade: “El género de gentes que le propiciaban y aplaudían hacíanme mantenerme retuso frente a su obra”. En suma, una prueba más de su invencible repulsión modernista.

Quizá tampoco Unamuno fuera enteramente justo con Rodo. Sólo póstumamente le rindió homenaje: “Fue un gran crítico y un gran político. Y no dejaba de presentar su espíritu grandes analogías con el de Renan” De hecho interesaba más a Unamuno otro uruguayo, Vaz Ferreira, y a sus libros dedicó varios artículos; le sentía más acorde en gustos y preferencias, según comprueba la correspondencia cambiada entre ambos. Además, Vaz Ferreira acertó a interesarle “unamunizándose”, diríamos, acertando a hablarle con el temple y el lenguaje propios del autor de *Del sentimiento trágico de la vida*. Así, al escribir, a su propósito, que acabaría, a fuerza de interesarse por él, “corrigiendo el libro, defendiendo un poco a la razón contra Unamuno, precisamente desde el punto de vista unamuniano del qui jotismo. “El qui jotismo supremo de la razón humana”... y basta enunciar esto para sugerir todo lo que puede hacer pensar ese libro”. A lo que Unamuno glosando esta frase de Vaz Ferreira, replicaba: “El qui jotismo supremo de la razón humana”. Sin duda. La razón humana se empeña en racionalizar lo irracional, y es ella, la razón, la que para salvarse, se ha sometido a la sinrazón no pocas veces. ¡Cuántas veces no se oye en el campo de la ciencia el grito de Tertuliano: *credo quia absurdum*. Sólo que disfrazado”.

Más su entusiasmos literarios don Miguel los reserva para la poesía gauchesca, de la que fue el verdadero descubridor o el primero que acertó a valorizarla, ya que el estudio que dedicó a *Martín Fierro* en 1894 es muy anterior a todos los análisis argentinos sobre ese poema. Más adelante sintetizaremos las causas y razones generales de tal entusiasmo que, por

otra parte constan ya estudiadas en un trabajo de Manuel García Blanco⁵. Y según parece, a límites tan obsesionantes llegó el entusiasmo de Unamuno por la literatura gauchesca y por *Martín Fierro*, empeñándose en transmitir a los demás su admiración ilimitada, que uno de sus amigos salmantinos, Luis Maldonado, no tan convencido, ideó gastarle una broma, escribiendo en el mismo estilo, unas *Querellas del ciego de Robliza* (Salamanca, 1894). Aunque pronto se deshiciera la superchería, Unamuno nunca dio enteramente su brazo a torcer, afirmando que en el autor de tales “querellas” había hablado, por debajo del hombre culto —que era el autor, su compañero de la Universidad de Salamanca— el pueblo, el charro que llevaba dentro...

Como quiera que el tratamiento otorgado por Unamuno a cada uno de los autores hispanoamericanos en sus críticas de libros ha sido ya estudiado⁶, ello nos permite prescindir del detalle y atender mas bien a ciertos conceptos rectores. Advirtamos ahora únicamente que en todos esos artículos de Unamuno predomina, aún para lo más lejano a sus gustos un tono amable, comprensivo, sin perjuicio de la sinceridad discrepante, inclusive de la embestida burlona, como, por ejemplo, a propósito de cierto chileno, cuyo patriotismo y francesismo conjugados le sacan de quicio. Y aunque continuara algún tiempo más sus funciones de crítico militante, ya en un artículo de 1903, titulado “Entremés justificativo”, confiesa que “no sirve” para tal cosa, habla de lo terrible de “engullirse tanto fárrago”, herido además por “vanidades y asedios” de los autores que se avienen mal con su sinceridad.

Debemos creerle, pero no solamente por esas razones que aduce, y por otras semejantes expuestas en un artículo de *Mi vida y otros recuerdos personales*, sino por motivos más profundos e idiosincrásicos, que es fácil deducir, y resaltan particularmente en el prólogo puesto a *Alma América* de Santos Chocano; allí le vemos no sólo renuente a entrar en el mundo poético —desde luego tan distinto al suyo— del poeta peruano, hostil a su retórica amplificadora, sino empeñado en atraerle al suyo, el irreducible y personal universo unamuniano. De suerte que, en último extremo, pese a todas sus excelencias e incomparables virtudes, diríamos que Una-

⁵ “La poesía gauchesca vista por don Miguel de Unamuno”, en *Primeras jornadas de lengua y literatura hispanoamericana*, vol. I, Salamanca, 1956. Al mismo Manuel García Blanco, el más devoto cuidador y editor del legado unamuniano, debemos también una serie de estudios monográficos sobre las relaciones de Unamuno, en sus testimonios epistolares, con significativos escritores americanos: Alfonso Reyes, Ricardo Rojas, Manuel Gálvez, Zorrilla de San Martín, Vaz Ferreira, etc.

⁶ En primer término por JOHN E. ENGLEKIRK, quien antes que ningún otro fue a buscar en las revistas esos trabajos, antes de ser recogidos en libros; su artículo se titula “Unamuno y la literatura hispanoamericana” (*Revista Iberoamericana*) Iowa, núm. 5, 1941. Véase también el de Eleanor Paucker, antes registrado.

munero era todo lo contrario de un crítico literario. No procuraba introducirse en la personalidad de los autores que interpretaba. Al contrario, trataba de introducir en ellos su yo, su inalienable fondo anímico. Inclusive, cegándose en ocasiones, quería convertir las diferencias en identidades aún más allá de toda posible elasticidad dialéctica. Pero el examen cabal de esta actitud nos desviaría ahora de la ruta propuesta. Anotemos sólo que a partir de 1906, sin desatender enteramente la producción literaria hispanoamericana, más que de libros se ocupa de cuestiones generales: criollismo, relaciones de España con América y, sobre todo, el idioma.

Casticismo, misogalismo

Además de las razones que él daba como determinantes de su curiosidad intelectual por lo hispanoamericano, había otras, no expresas, pero fácilmente discernibles: vienen a ser las constantes temáticas, a las cuales vuelve siempre, sea cual fuere, el pretexto o punto de partida de todos y cada uno de sus artículos americanos. En primer término: una entrañable preocupación por el idioma, por sus variantes, sus enriquecimientos o posibilidades y también sus extralimitaciones o imposibilidades, en los países del otro lado del mar. Desde el primer momento advirtió que el único puente de enlace sólido era, no la raza sino la lengua. Su patriotismo, su afán de irradiación, no tenía pues, nada de político: era, como él lo definía, un "patriotismo lingüístico". Después, la preocupación "casticista" en lo espiritual, la exaltación de lo vernáculo y "sui generis", fuere potencial o efectivo, existente en las literaturas ultraatlánticas. "De cada país —decía— me interesan los que más del país son, los más castizos, los más propios, los menos traducidos y menos traducibles". Correlativa de esta predilección era su aversión, ya apuntada, contra la escuela literaria que precisamente intentaba entonces marcar otras preferencias, en una palabra, contra el modernismo, para cuyos representantes —los más endeble, cierto es, los más vulnerables a la sátira— no ahorra dicterios parangonables con los de cualquier "acartonado académico".

Con esa aversión enlaza o se confunde otra: su misogalismo, su enemistad contra el espíritu francés, en sí mismo, por lo radicalmente incompatible que era con su propia forma de espíritu, y, sobre todo, por la influencia unilateral, casi absorbente, que ejercía a la sazón en algunas partes de América. No es que Unamuno desdeñase y menos ignorase la importancia de la cultura francesa, ya que él mismo nos confiesa que, en un momento dado, se sirvió de su idioma y de sus libros como vehículo de acceso a otras; y frente a los "decadentes" ponderaba siempre a un Pascal, un Bossuet, un Sénancour: es que lo creía desnaturalizador, mal avenido con el temple y la idiosincrasia de raíz hispánica. He aquí algunos de sus cargos:

el espíritu francés, “cartesiano y raciniano”, es “poco apto para la metafísica y demasiado ocupado en la vida que pasa”; “no ha producido un gran místico”; “a la literatura francesa le falta pasión”; “los sensuales no son apasionados”. Y esto —según, su hábito— lo escribía precisamente para que se leyera en Francia, respondiendo a la encuesta que Gómez Carrillo había abierto en su revista *Nuevo Mercurio* (París, enero de 1907) sobre el modernismo.

En contraste como ya dijimos no ahorra entusiasmo para ponderar y exaltar lo típico, lo vernacular; es decir, con referencia a las letras rioplatenses, la poesía de acento terrígeno, la gauchesca. Sólo así se explica no solamente su entusiasmo sin límites, compartido después por tantos otros, hacia *Martín Fierro*, sino que diera relieve a una novela en verso de ese género, cual el *Nastasio*, de Francisco Soto y Calvo, con juicios que —como los de Valera—, hoy parecen desproporcionados y desde luego no han sido suscritos por las generaciones posteriores.

¿Cual era la causa última de estas predilecciones unamunianas? No parece erróneo atribuir las a una raíz romántica o prerromántica, en definitiva, puesto que de fines del siglo XVIII arranca la tendencia a exaltar lo “natural” y “espontáneo”, frente a lo “artificial” y “reflejo”; mediante las primeras cualidades veíase entonces expresarse el *Volkgeist*, el alma de los pueblos, libres de todo “impedimento cultural”. El influjo de Ossian se amalgama con las teorías de Herder, exaltando como verdadera poesía la nacida de la creación anónima, inconsciente, del alma popular y nacional de cada pueblo. Es sabido hasta qué punto tales teorías, aunque hayan informado, hasta hace no muchos lustros, el concepto de la literatura española más extendido en el mundo, merced a las historias de Sismondi, Boutewerk y Ticknor y a los romanceros de Grimm y Wolf-Hoffman, perdieron luego validez. Pero ese criterio “vulgarista” (más exactamente que “popularista”, según la exacta distinción de Menéndez Pidal, puesto que si lo popular supone la compenetración del elemento culto con el pueblo en general, lo vulgar implica el predominio del pueblo inculto) se mantenía intacto en Unamuno y era la brújula que orientaba sus preferencias.

Cierto es que en el entusiasmo que muestra por las expresiones vernaculares, como es el caso de *Martín Fierro* —aunque su autor, como los demás autores de obras gauchescas, fueran cultos en general— entraban también otras razones. Le emocionaba el reencuentro con lo español a tantas millas de distancia, y por eso, aún subrayando la genuinidad del poema, niega, desde el primer artículo de 1894, que la obra de José Hernández pertenezca a una literatura “privativamente argentina”, brote de un espíritu nuevo que diferencia a los argentinos de los españoles y hasta esté escrito en “lengua nacional argentina”, según algunos no vacilaban en afirmar hace más de medio siglo... Contrariamente, Unamuno sostenía

ya entonces, cuando alcanzaban más vuelo los pujos de autonomismo lingüístico, que no había ni podía haber tal "idioma nacional", ni cosa parecida, pues el castellano de *Martín Fierro* es "popular y neto, repleto, aparte de términos que por designar objetos precisos del nuevo mundo, tienen nombre aquí desconocido, de modismos, fonetismos y formas dialectales tan poco indígenas de la Pampa que aún se usan en no pocos lugares de España".

"Hacerse su lengua"...

Ahora bien, tales reservas y puntualizaciones no significan en modo alguno que el criterio de Unamuno respecto al idioma fuera estático o conservador. Al contrario, medido con el de otros escritores de aquellos años, se manifiesta muy libre y aún revolucionario. Quedó expreso en varios capítulos de sus *Ensayos*, como los titulados "La reforma del castellano", "Sobre la lengua española", "Contra el purismo" y "Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana", que circulan reimpresos hace años y por ello no tendría sentido extractar o comentar aquí⁷. Más interesante es, pues, referirse a textos de artículos olvidados como los de la nueva recopilación. Por ejemplo, ya en una "Carta a Rubén Darío" (mayo de 1899) le escribía: "En lo mejor de que usted, amigo Rubén Darío, conozco, se ve a un hombre que quiere decir cosas que ni en castellano se han dicho, ni pueden en el castellano de hoy decirse". ¿Por qué? Porque "tienen —añadía—, ante todo, en América, que hacerse su lengua, y tenemos todos que trabajar para que sobre el núcleo del viejo castellano se forme el idioma español, que aún no está hecho ni mucho menos".

¿Era, es esto rigurosamente exacto? Si del francés—literario— se ha podido hablar como de una *langue morte*, donde todo está estatuido y prefijado, brindando muy escasas posibilidades a la libertad de sintaxis y a la invención neológica, nadie ha sentido nunca una limitación semejante frente al español. Por un lado, se conviene en su temprana madurez —tal es aproximadamente la sensación que experimentamos al leer la *Gramática* de Nebrija, publicada el mismo año de la abertura hacia América—; por otro lado, tanto el veterano como el más bisoño manipulador de este instrumento idiomático pueden advertir que no ofrecen ningún signo de osificación o anquilosamiento, desde el momento en que nada

⁷ Los escritos de nuestro autor sobre el idioma han sido ya analizados en dos estudios importantes: MANUEL GARCÍA BLANCO, *Don Miguel de Unamuno y la lengua española* (Universidad de Salamanca, 1952) y FERNANDO HUARTE MORTON, El ideario lingüístico de Unamuno, en *Cuadernos de la cátedra M. de U.*, I, Salamanca, 1954.

les impide intentar con él toda suerte de variantes sintácticas, de innovaciones o restauraciones léxicas. Luego, usando de la misma dialéctica unamuniana, cabría concluir que si el español se está haciendo, y sigue haciéndose, no es porque esté sin hacer, sino porque está maduro y resiste todas las adiciones e intrusiones, sin perder por ello su esencial estructura. Solamente una lengua tan curtida y permeable a la par como la nuestra —diríamos, no con jactancia, sino con la serena objetividad de quien asiste desde uno de sus confines a su vivir cotidiano— puede resistir toda suerte de erosiones sin que crujan los huesos de su esqueleto morfológico.

Pero volviendo a Unamuno: ¿qué viabilidad real, qué vigencia efectiva podría tener el “sobrecastellano” por él preconizado? A otro —o al futuro— la ardua, la azarosa sentencia. Recordemos, sin embargo, cierta frase de un coetáneo suyo que puso novelescamente la primera piedra, al autor de *Tirano Banderas*. Valle-Inclán, en un discurso que pronunció en un banquete, a raíz de la publicación de ese libro, dijo: “En *Tirano Banderas* no he tenido más principio que éste: incorporar a la lengua de Castilla todo los modos de hablar de la lengua española en América”. Y en otra ocasión, en una carta a Alfonso Reyes, insistía: “Debemos sumar al castellano todos los modos de hablar español. En México está la más pura esencia de España. Debemos ser todos uno. Todos una lengua”. Y en cuanto a Unamuno, preguntémos de nuevo: ¿hacia donde apuntaba, qué razones psicológicas, personalísimas, le habían conducido a esa idea pluridiomática y unitaria a la par?

Mas al llegar a este punto sería menester dejar el cauce expositivo, y con la experiencia y la visión de quien examina, medio siglo más tarde, la evolución del problema de la lengua en América, indagar la circunstancia personal de Unamuno; es decir, cuales eran las razones de su insumisión o su discrepancia idiomática frente a la tradición castellana, llevándole a hacer más bien causa común —hasta cierto punto muy preciso, según veremos—, con el vago prurito secesionista americano de algunos. Y es que Unamuno era, en cierto modo, un americano fin de siglo frente a la lengua; dicho más exactamente, se sentía un poco como ciertos americanos frente al idioma común. Venía de otro mundo lingüístico. Había “aprendido” el español, y al incorporárselo, lo había rehecho a su modo, lo había hecho suyo, entrañablemente suyo, sin duda, pero siempre conservando las distancias, sin cejar en la disidencia. Se nos podrá atajar al punto diciendo que históricamente esto no es cierto, que el idioma infantil y hogareño de don Miguel fue siempre el castellano y que el vascuence lo estudió o perfeccionó ya maduro, lo mismo que cualquier otro idioma extranjero. Conforme, pero ¿impide ello pensar que acaso la presión imponderable de una atmósfera geografico-espiritual diversa no influyera grandemente en su actitud de “extranjería” frente al castellano? Dos contem-

poráneos suyos que le conocieron de cerca, José Ortega y Gasset por escrito, Pérez de Ayala, verbalmente, han dicho coincidentes —no para minimizarle sino para explicar su singularidad— que Unamuno comenzó a escribir un idioma “aprendido”. Ortega en un artículo escrito a raíz de la muerte de aquél (y que hoy puede reencontrarse en el tomo V de sus *Obras Completas* escribe“: Aún siendo espléndido su castellano, tiene siempre ese carácter de aprendido... de aquí muchas particularidades de su estilo. Cuando escribimos o hablamos en nuestra lengua, nuestra atención atraviesa los vocablos sin reparar en ellos, como nuestra vista el vidrio de la ventana, para fijarse en el parque. Con la lengua aprendida no pasa lo mismo. El vocablo se interpone entre nosotros y nos obliga a atenderlo. En suma, nuestra mente tropieza con la palabra en cuanto tal. De aquí la frecuencia con que Unamuno da la espantada ante los vocablos y ve en ellos más que de lo que en su uso corriente —en que desaparecen transparentes— suelen significar. A su valor usual prefiere su sentido etimológico y esto le induce a darles mil vueltas y sacar del vientre semántico de cada palabra serpentinadas de retruécanos y otros juegos de palabras. Ahora bien, esa propensión etimológica a la manera de Unamuno es característica de quien habla o escribe un idioma aprendido”. Más cuando, yo hace años, escribí lo mismo, sin apoyarme en alguna referencia precisa, se tomó por una intuición aventurada.

Pero he aquí que no hace mucho he encontrado unas palabras corroboradoras en un texto olvidado de Unamuno. (Es el epílogo que escribió para la *Vida y escritos del Dr. D. José Rizal*, de W. E. Retana, Madrid, 1917). Al referirse al hecho de que el héroe filipino escribiera sus obras en castellano, no siendo éste, sino el tagalo, su lenguaje nativo, advierte: “El castellano es en Filipinas, como lo es en mi país vasco, un lenguaje adventicio y de reciente aplicación, y supongo que hasta los que lo han tenido allí como idioma de cuna, como lengua en que recibieron las caricias de su madre, y en que aprendieron a rezar, no han podido recibirlo con raíces”. Y añade Unamuno: “Juzgo por mí mismo. Yo aprendí a balbucir en castellano, y castellano se hablaba en mi casa, pero castellano de Bilbao, es decir, un castellano pobre y tímido, un castellano en mantillas, no pocas veces una mala traducción del vascuence. Y los que habiéndolo aprendido así tenemos que servirnos luego de él para expresar lo que hemos aprendido y sentido, *nos vemos forzados a remodelarlo y a hacernos una lengua. Y esto que es en cierto respecto nuestro flaco como escritores, es a la vez nuestro fuerte*”. El subrayado que me he permitido poner a los últimos párrafos tan reveladores excusa cualquier comentario. El único añadido que cabe hacer es preguntarse, por una insoslayable asociación de ideas y circunstancias, si en el “agramaticalismo” del otro gran vasco noventaiochista, Pío Baroja, no deberemos buscar la misma raíz. Uno y

otro, efectivamente, convirtieron en fortaleza su debilidad nativa en cuanto escritores castellanos.

Por lo demás, un estudio detenido de la evolución de la lengua, la sintaxis y el estilo de Unamuno desde sus primeros escritos hasta los de su madurez y postrimerías, hasta que fue dueño de un idioma, o los demás "aprendieron" el suyo, como él decía, habría de confirmar plenamente tal supuesto, o más bien certidumbre. Demostraría cómo a la andadura algo tarda y a la expresión opaca de sus primeros escritos sucede más tarde la sentenciosidad casi epigráfica, el estilo rápido hecho de elipses y esguinces, supremamente expresivo. Si Azorín —entre los del 98— fue el primero en desarticular el largo período retórico, "asestando un golpe definitivo al clausulón tradicional, endriago de falaz prestigio" —según escribió atinadamente Melchor Fernández Almagro—, Unamuno contribuye también a esta renovación por vía discursiva y conceptista más que artística. Digo conceptista, en suma, barroca, a pesar de que nuestro autor no simpatizara mucho con Gracián, ni con Quevedo y fuera absolutamente reacio a Góngora. Pero es evidente que Unamuno partía del verbo, de las palabras tanto o más que del discurso, de las ideas O más exactamente, su viaje era de ida y vuelta: de las palabras extraía los conceptos, por los conceptos volvía a la raíz de las palabras, replanteándose el significado primero de éstas, lo mismo que el alcance último de las ideas.

No olvidemos, por otra parte, como motivo coadyuvante, su idiosincrasia opositora, su temperamental *anti*, que le llevaba a definirse oponiéndose. Sus famosas "contradicciones" eran por eso más bien afirmaciones de su *yo*. Y acabó haciéndose *su lengua*, lo mismo que se hizo *su España*. Precisamente, reconociéndolo, así cara al público americano, le advertía en 1907: "Debo rogar a mis lectores americanos que no juzguen a España por mí. Lo que yo les presento es mi España y nada más, una que me estoy haciendo para mi uso particular una España pasional y poética, antisensual y antiartística". En rigor, el artículo que escribió haciendo el elogio de "El habla de Valle-Inclán", a raíz de la muerte de éste, en 1936, pudiera también valer para el propio Unamuno. "Y él sabía, Valle —como sé yo—, que haciendo y rehaciendo habla española se hace historia española, lo que es hacer España. La religión del Verbo, de que procede el Espíritu".

El "sobrecastellano": suma y no merma

La preocupación idiomática, no por sí misma, sino como centro sustantivo y eje capital de todas las demás, es en Unamuno permanente, inextinguible. Se manifiesta como el *leit-motiv* más reiterado, inclusive obsesionante, en la nueva serie de artículos sobre temas americanos. De suerte que más que sus "contradicciones", cuando se haga un estudio conjunto

de los temas capitales unamunescos, habría que señalar sus reiteraciones, sus continuidades. “Yo espero, —decía en 1934, en su “última lección”, al jubilarse de su cátedra en la Universidad de Salamanca— que la verdadera lengua de nuestra España máxima, de nuestra Iberia, se haga de la refundición de nuestros romances.” Y treinta y cinco años antes, en uno de sus primeros artículos escritos para Buenos Aires: “Nuestra unión es, o más bien será, la lengua, el viejo romance castellano, convertido en la gran lengua española, sangre que puede más que el agua, verbo que domina el océano”.

Ahora bien, —volviendo a un tema antes, apuntado—: ¿cual era, la ambición última de Unamuno, cómo se articulaba la idea del *sobrecastellano* o *sobreespañol* que proponía? Indudablemente habría de significar una fusión, una suma, y no merma, de todas las lenguas hispánicas, concepto éste tan lejano de los academicistas de España como de los escisionistas de América. Supondría una ósmosis y exósmosis; en suma, una integración. Por eso escribía en 1899; “No hemos de ser nosotros quienes les demos todo, sin tomar de ellos nada; no hemos de pretender que el viejo romance castellano se difunda a tan dilatados países para ser sangre espiritual del pueblo que habla español sin que haya que tocar para ello a sus venerables tradiciones. Hay que ensancharlo para que llene tanta tierra. Su tradición de hoy fue progreso en un tiempo; tendamos a asentar en tradición viva nuestro progreso”.

Pero ya muy pocos años más tarde, en un artículo de 1903, tras citar párrafos grotescos de algunos libros americanos, escritos con lenguaje y estilo imposibles, Unamuno daba una voz alerta contra los desmanes gratuitos, poniendo los puntos sobre las íes; porque una cosa era “movilizar el idioma”, como el deseaba, y otra muy distinta asentar a disparates, pedanterías o cursilerías... Por ello advertía sin ningún equívoco: “...Una de las cosas que más hemos de hacer los que creemos que el viejo romance castellano necesita de ensanche, agrandamiento y estire, aún teniendo que descoyuntarle, es conocerlo bien y registrarle las entrañas y escarbar en sus entresijos”. “Lo malo de la revolución que traen a la lengua no pocos americanos es que procede de desconocimiento de ella, de ignorar el valor de cada vocablo...” “Muy bien está el desdén a la gramática, pero es de quien pisó los campos de la metagramática, de la filología, de la lingüística castellana, no de quienes quedaron por debajo de aquella, de la gramática. Y sobre todo, es menester dar un valor concreto a las palabras y saber siempre lo que se dice”. Admoniciones y deslindes que no han perdido toda su vigencia después de más de medio siglo.

Parejamente, Unamuno reaccionaba de modo violento contra otro conato desnaturalizador del idioma, llevado, a comienzos de siglo, por vía galicana. El pretexto se lo brinda cierto prólogo de Rémy de Gourmont al libro de un poeta argentino, Leopoldo Díaz, *Las sombras de Hellas*, donde

aquel había hablado temerariamente de una “lengua neoespañola”, creada bajo la influencia francesa, siguiendo las insanas de Abeille, quien “se metió a escribir del idioma nacional de los argentinos sin conocer apenas más castellano de España que el escrito, y aún éste no bien”. Unamuno da rienda suelta esta vez a su vena satírica y a su misogalismo, arremetiendo implacablemente contra el libro —*Las sombras de la Hélade* corrige, debiera haberse titulado—, contra el autor, y sobre todo, contra el prologuista, ridiculizando su visión ombliguista parisina de estas cuestiones idiomáticas. “El señor Gourmont, que se las echa de filósofo y pasa por tal entre los literatos más o menos mercuriales que no han hecho estudios de filología, se vería apurado para definir y describir esa lengua neoespañola que ha inventado”. En diversas ocasiones completa Unamuno sus puntos de vista, señaladamente al comentar, en 1903, unos folletos de Ernesto Quesada que reducían a sus justas proporciones la pretensión de un “idioma nacional” que pudiera reemplazar al castellano. “Por mucho que se cumpla la diferenciación, lingüística o dialectal, la integración irá a la par. Siempre predominará el interés supremo: el de que nos entendamos todos”. Por ello no vacila en poner al desnudo pretensiones sin fundamento, desbaratando minuciosamente todo pujo separatista idiomático; así lo hizo en los dos artículos que en 1911 consagró a cierto *Diccionario argentino*, donde el autor daba por voces nuevas algunas que a la sazón no estaban registradas en el Diccionario de la Academia, pero que era de uso comunísimo no sólo en los demás países americanos, sino también, en España. La raíz del error procedía del “escasísimo conocimiento del castellano popular vivo”. Y agregaba Unamuno: “Lo he dicho cien veces: de cada veinte que un hispanoamericano, al citar una voz o un modismo, añade: “como decimos por acá”, las dieciocho es algo que también aquí se dice”. El problema, pues, debía plantearse de otra forma: coparticipación y no diferenciación. O con palabras del propio Unamuno: “La cuestión es que los argentinos y todos los demás pueblos de habla española reivindiquen su derecho a influir en el proceso de la común lengua española, tanto como los españoles mismos; que no reconozcan en esto patronato alguno sobre la lengua común, como si se les debiera por fuero de heredad; que afirmen su manera de entender y sentir el idioma de Cervantes. Aquí está la raíz de la cuestión”. Y en efecto, aunque con ciertas modificaciones de perspectiva y la pérdida de aspereza que el cambio de los tiempos impuso felizmente, ahí sigue estándolo.

Si de algo pecaba Unamuno no era, pues, repitamos, de conservador o academizante; más tampoco exactamente de lo contrario —se alejaba tanto del docto Cuervo, conservador, como del aficionado, destructor. Abeille—, sino más bien de pretender convertir en normas preferencias muy personales, debidas tanto a su idiosincrasia como a las ideas naturalistas sobre el idioma dominantes en su juventud. Su gusto —su mal

gusto, hay que decirlo— por los ruralismos, pretendiendo dar circulación o jerarquía literaria a ciertas voces rústicas salmantinas (cogüelmo, desenchinar, mejor, retuso, escurrajas...) por antieufónicas que sonaran, por limitada que fuera su órbita. Mas Unamuno no tardó en cantar la palinodia, al menos en darse cuenta del camino peligroso, aislador, a que tal debilidad popularista y tal gusto etimologista podrían conducirle. Y en un artículo de 1907 nos confiesa cómo llevado por sus estudios lingüísticos dio “en el prurito, rayano en manía, de preferir siempre el elemento popular y hasta en rebuscarlo en las más hondas capas del lenguaje hablado y en formas dialectales”. Así en vez de escribir “multitud”, escribía “muchedumbre”, “herrumbrosa” en vez de “ferruginosa”, “sobrehaz” en vez de “superficie...” Pero llegó el momento en que cierto amigo suyo hubo de advertirle que con tal sistema sólo se lograría “apartar a unos romances de otros, acentuando su diferencia respectiva, y hacer poco inteligible nuestro idioma”. Y a Unamuno lo que le importaba sustancialmente era ensanchar y no reducir la órbita del idioma, “sacarlo de sí” en todos los sentidos, para hacerlo cada vez más plural y más universal. “Quisiera (había dicho, en un discurso pronunciado en los Juegos Florales de Almería, en 1903), que desapareciesen de España las hablas todas regionales para que no se hablase sino un sólo idioma, pero que en él cupiese el pensar y el sentir de todos los españoles, sin mengua de sus mayores intimidades”. Y dirigiéndose a los catalanes, para que escribieran en castellano: “No importa —les decía— que lo plaguéis de catalanismos, mas para infundirle nueva vida, aunque se desequilibre, mas para que no se anquilose y osifique”. Y así debemos hacer todos si es que el castellano ha de llegar a ser español, y más que español, lengua hispanoamericana”.

Por donde se verá que el pensamiento de Unamuno frente al castellano en América no era, al cabo, sino la consecuencia lógica de la actitud adoptada frente a las demás lenguas peninsulares, en primer término frente al vascuence, numerosas veces. Aún respetando las diferencias lingüísticas regionales —aún más, identificándose con sus literaturas, conociéndolas a fondo como pocos—, se rebeló contra el cultivo de esos particularismos por lo que tenían de limitativos. “Escriba en español —le aconsejaba a un amigo catalán en 1901—. Déjese del catalán. Es el mejor modo de servir al alma catalana que en sí lleva. A los vascos nos salva el que sea el vascuence incapaz de cultivo literario; así vertemos mejor nuestra alma”. Y dos años después, en un artículo sobre “El criollismo”, al oponerse a todo separatismo lingüístico, exclamaba: “¡Pobre personalidad nacional la que se busque por tales senderos!”. Y ejemplificando con su caso: “Yo escribiendo en castellano me creo tanto o más vasco que mis paisanos que escriben en vascuence, y les llevo la ventaja de que mi palabra será más oída que la suya”. Finalmente, en un discurso parlamentario de 1931, tras haber recitado versos en gallego y en catalán y expresar

también que este conocimiento de las lenguas peninsulares lo había infundido, desde la cátedra, a sus alumnos, añadía: "Y es que yo, a mi vez, paladeaba y me regodeaba en esas lenguas, y era para hacerme la mía propia, para rehacer el castellano haciéndolo español para rehacerlo y recrearlo en el español, recreándome de él. Y esto es lo que importa". Y más adelante: "España no es nación, es renación: renación de renacimiento y renación de renacer, allí donde se funden todas las diferencias, donde desaparece esa triste y pobre personalidad diferencial".

"Enormidad" de Unamuno

En uno de los artículos de sus últimos años, Unamuno hablaba de la "enormidad de España", arrostrando sin miedo la ambivalencia del epíteto y explicando: "La norma castizamente española es la enormidad, es una escuadra para encuadrar el cielo; lo anormal, nuestra normalidad". ¡Enormidad de Unamuno! pudiéramos exclamar sus lectores, los que le oímos y leímos en vida, pero volvemos a reeleerle ahora, en sus resurrecciones, a otra luz, con la perspectiva que da la distancia, tamizando o pulverizando las "diferencias", engrandeciendo las "simpatías". Apasionante siempre, sin dejar de ser irritante a veces, distinto y repetido, amasador de antítesis —como ya se escribió—, haciendo de la contradicción —con los demás y consigo mismo— la última medida de la verdad. Pero ¿a qué cercarle de rasgos y epítetos si ya el mismo se predefinió como era y quería ser, como quiso que le vieran? "Hay dos motes —escribía en 1907— que me molestan, y son el de intelectual y el de literato. Si quedo en una y otra cosa no será por mi gusto, pues aspiro, lógrelo o no, a que cuando muera se me eche sobre la tierra que me cubre este responso; fue un pasional y un poeta". Poeta lo fue por su absoluta libertad imaginativa, por su sentimiento metafísico, ya que no enteramente por su arte. Pasional, y más que nada apasionante, por el ímpetu no de sus afirmaciones o doctrinas positivas, que en rigor no existían, sino de su desesperanzada esperanza; por su carencia de "soluciones y certezas" ("no me las pidáis a mí, no las tengo para dárosas, y es más, no las quiero para mí") que le hacen ser un punto de partida, nunca de llegada.

Un punto de partida... Lo es también —no nos conformemos nunca con las metas logradas por otros en caminos no acabados, que seguimos andando— en cuanto se refiere a la visión española de América, a la valoración del espíritu y de las letras hispánicas del Nuevo Mundo. A las generaciones más jóvenes que van llegando, de aquende y allende, corresponde sumar otras perspectivas y nuevas tablas de valores. Por lo pronto, el avance que Unamuno marcó en dicho camino respecto a Valera y Menéndez Pelayo, es grande y no necesita ningún resumen o glosa sintética después de las anteriores páginas. Pero ¿ha sido justamente apre-

ciada su labor americanista de tantos años? Quizá no, si nos atenemos a ciertos comentarios apresurados, insuficientes —como el de alguien que reprocha al americanismo de Unamuno el mostrarse extraño a las culturas indígenas de América—. Pero tal infraestimación se debe probablemente, en buena parte, se debe al hecho de que su labor en tal aspecto era hasta hoy, hasta publicarse las recopilaciones póstumas de sus artículos, prácticamente ignorada. Sólo a partir de ahora podrá comenzar a ser medida en toda su extensión y toda su intensidad.

Quedará así plenamente evidenciado que su interés americanista no era algo accidental o fortuito: como que en rigor se identificaba sustancialmente con su pasión idiomática. Este idioma, esta lengua hispánica, más que española, su preocupación primera y última. Lo dijo a lo largo de muchos años de comunicación casi cotidiana con los lectores de ambos mundos, sin temor a repetirse; insistió en su última lección universitaria de 1934, proclamando testamentariamente que “la lengua viva, de veras viva, ha de ser individual, nacional y universal”. “Cada uno —agregaba— ha de formarse, reformarse y transformarse su propio dialecto, individual y regional, su propio idioma —idioma quiere decir propiedad— dentro del idioma común, y enriquecerse con él y enriquecerse enriqueciéndonos”. Y terminaba deseando una vez más que de la suma de todas las formas regionales españolas e hispanoamericanas, de sus diferencias, surgiera tal integración. “Yo espero que la venidera lengua secular de nuestra España máxima, de nuestra Iberia, se haga de la refundición —mejor que federación— de nuestros romances.” También hasta sus últimos escritos repitió en prosa, con pequeñas variantes, aquel pensamiento suyo, eje y *ritornello* de todos los demás (fuesen literarios, lingüísticos, filosóficos o de cualquier otro linaje) que insuperablemente había ya expresado en verso, en uno de sus sonetos:

*La sangre de mi espíritu es mi lengua
y mi patria es allí donde resuena
soberano su verbo.*

GUILLERMO DE TORRE

Universidad de Buenos Aires
Suipacha, 1336